



## DESAPARICION DEL PRINCIPE AZUL

En la O. N. U. se espera de un momento a otro la llegada de un espi-  
noso asunto que trae de cabeza a los  
lectores de ABC: la escasez del  
Príncipe Azul.

En efecto, con la campaña que la  
masonería internacional ha llevado  
a cabo de unos siglos a esta parte,  
guillotinandoles en París o fusilán-  
doles en San Petersburgo, cada día  
son menos los príncipes casaderos  
con los que las princesas puedan  
ligar en las grandes reuniones de so-  
ciedad, y luego por ende vienen los  
matrimonios morganáticos, la me-  
zcla de sangres y la desaparición de  
la especie. No hay más que leer  
«¡Hola!» y comprobar cómo la prin-  
cesa que sale siempre en catorce  
reportajes del mismo ejemplar va  
de un lado para otro atareadísima  
por su trabajo, acompañada cada  
vez de un multimillonario diferente,  
pero sin encontrar el Príncipe Azul  
cual corresponde a su rango que le  
de un beso, le despierte y le lleve  
al trono soñado como en las pellicu-  
las de Walt Disney.

Ana de Inglaterra se ha tenido que  
casar con un capitán, a las princesas  
nórdicas les aguarda otro tanto, y  
así va el mundo, que sin los bailes  
de la Corte se entretiene en escue-  
strar hijos de magnates de algo.  
Conscientes de ello, las Naciones  
Unidas van a tratar del asunto, a fin  
de crear una Reserva Mundial donde  
se crien príncipes encantados y en-  
cantadores en perfectas condiciones  
de salud y apostura, para en su día  
casarlos con princesas de auténtica  
valía profesional en fastuosas cere-  
monias que llenen las páginas de las  
revistas del corazón y hagan verter  
lágrimas de los ojos de los emocio-  
nados lectores.

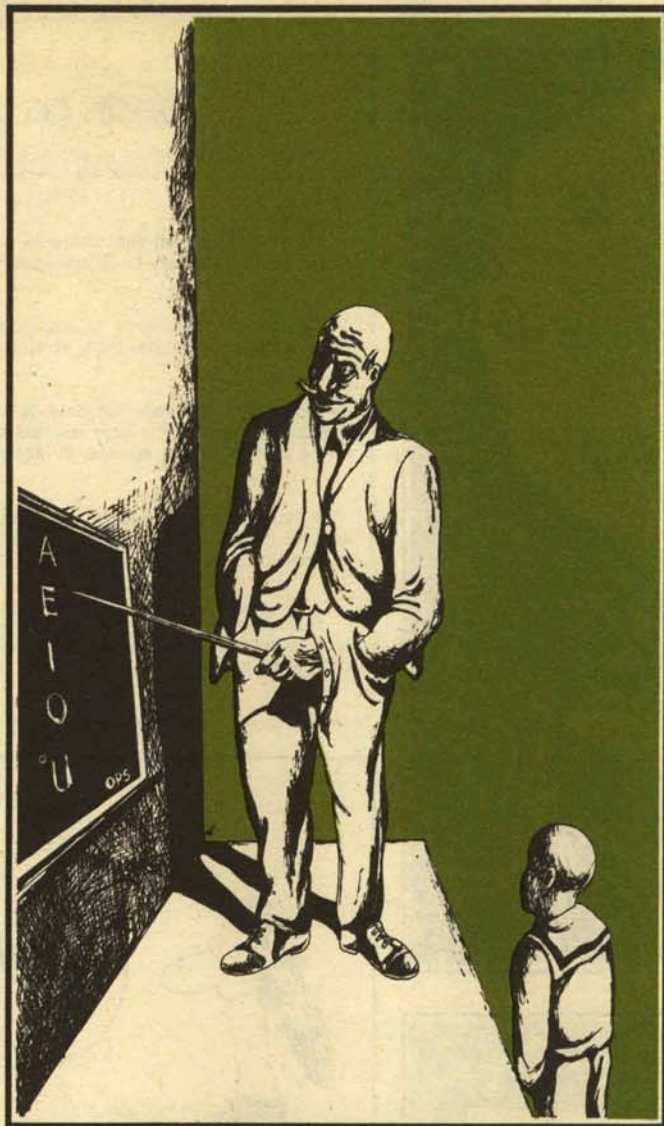
C. de R.

## EL TEATRO DEL ABSURDO

La escena representa la  
salita de estar-comedor de un  
piso de las afueras de cual-  
quier ciudad, comprado en  
cómodos plazos mensuales.  
En escena están el padre y  
la madre. El padre lee «Ya»  
y la madre «Semana». Entra  
el hijo, estudiante de unos  
dieciocho años, y besa a sus  
padres. Se sienta y lee un  
libro. Al rato entra la hija (no  
está embarazada ni tiene as-  
pecto de tomar la píldora) y  
besa también cariñosamente  
a sus padres y lee «Teresa».  
Al rato, la madre sirve la ce-  
na: sopa de sobre, pollo hor-  
monizado y fruta verde. Reti-  
ra la mesa después de cenar  
y todos, felices y contentos,  
ven la televisión. Al acabar  
«Tiempo para creer» todos se  
van a dormir. La escena que-  
da a oscuras. Se oyen cuatro  
sucesivos ruidos del agua  
del retrete que limpia los  
excrementos depositados pun-  
tual y ordenadamente por los  
miembros de la familia. Un  
silencio expresa al cabo de  
un rato la dulce paz espiritual  
en que se ha sumergido el  
hogar.

(Cae el telón agitado por  
los insultos y las violentas  
protestas de los especta-  
dores que no toleran ni com-  
prenden el moderno teatro  
del absurdo.)

GENOVEVO DE LA O



He aquí una fácil y eficaz manera  
de ocultar a sus sirvientes  
en la mesa del despacho  
cuando los inspectores sobre la Renta  
vayan a su casa a comprobar  
sus signos externos. En caso necesario  
puede utilizarse también  
para meter al inspector dicho  
si se pone pesado.

